

James Howell: un galés del siglo XVII curioso de las gentes y de las cosas de España

To the memory of Don Carlos Clavería, scholar, linguist and observant traveller, remembering the many witty and illuminating commentaries I have heard him make about both our countries, I affectionately dedicate this account of an earlier «citizen of the world».

Aunque probablemente los comentarios ingleses más famosos hoy en día sobre las gentes y las cosas de España, sean los hechos por George Borrow¹ y Richard Ford² a mediados del siglo XIX, no dejó de haber en los siglos anteriores, ingleses menos conocidos que, por razones diplomáticas, comerciales o de estudios, visitaron la Península y, tras familiarizarse a menudo con su lengua, registraron sus impresiones en informes oficiales, cartas particulares o ensayos literarios. Los relatos de viaje han constituido uno de los géneros literarios predilectos de los anglo-sajones desde, por lo menos, la publicación de los apócrifos *Travels of Sir John Mandevile* en 1377, y, en el siglo XVII, siglo que iba a ver la fundación de la Royal Society (1647), una institución que aspiraba a abarcar todo el campo de los conocimientos humanos, se sentía gran interés por todo lo relacionado con la vida, costum-

(1) George Borrow: *The Bible in Spain* (1843) y *The Gypsies of Spain* (1841).

(2) Richard Ford: *Gotherings from Spain* (1846) y *Handbook for Travellers in Spain* [1845].

bres, carácter y lengua de otros países y, sobre todo, de aquellos con los que Inglaterra mantenía estrechas relaciones diplomáticas o comerciales.

Uno de los más amenos entre tales comentaristas fue el galés James Howell (1594? - 1666), quien recogió sus impresiones de España exactamente dos siglos antes que Borrow y Ford. Howell es un típico ejemplo del británico polímata de este siglo, y uno de los primeros ingleses que viviera de su pluma. Licenciado por la Universidad de Oxford, Howell viajó por Europa (Holanda, Francia, Italia y España), encargado de hacer una serie de gestiones diplomáticas en España, Cerdeña y Dinamarca. Fruto de estos desplazamientos por Europa fueron sus *Instructions for Forreine Travell*, publicadas en 1642. Defensor de la causa realista, fue encarcelado en la Fleet Prison entre 1643 y 1651, donde se dedicó a escribir folletos «realistas», y la mayor parte de la serie de cartas que fueron coleccionadas y publicadas en cuatro tomos en 1655 bajo el título: *Epistolae Ho-Eliaanae. Familiar Letters Domestic and Forren*. Escritor prolífico, poeta a sus horas, amigo de algunos de los escritores y políticos más destacados de la época (Ben Jonson, Lord Herbert of Cherbury, etc.), Howell fue autor de numerosos tratados y ensayos sobre política e historia, y sentía gran interés por el estudio de las lenguas romances con las que estaba lo suficientemente familiarizado como para poder compilar y publicar una colección de proverbios en inglés, italiano, francés, español y galés (1659), un glosario de términos técnicos en las mismas lenguas (menos el galés) y su *Lexicon Tetraglotton*, un diccionario inglés-francés-italiano-español (1660). En 1662 compuso una gramática inglesa para extranjeros que iba acompañada de una gramática española y unas notas sobre cómo viajar por España y Portugal. Esta afición lingüística y su interés por los proverbios y los dichos, se reflejan una y otra vez en sus obras.

En sus *Instructions for Forreine Travell*³, Howell tiene como objetivo el describir lo que él ha podido aprender de

(3) La edición por nosotros consultada es: James Howell: *Instructions for Forreine Travell*. English Reprints. Edw. Arber, Londres, 1869.

la vida y del carácter de los habitantes de los países europeos que había visitado, haciendo, como hace todo viajero, numerosas comparaciones entre unos y otros. Los comentarios que hace Howell sobre España en esta obra versan principalmente sobre las diferencias que existen entre el carácter, el aspecto físico y las costumbres de los franceses y de los españoles; a éstos siguen una serie de referencias a la economía, la religión, el atuendo, la comida, las diversiones y la lengua y la literatura españoles, referencias que están amenizadas por anécdotas sobre las costumbres o dichos del país, y por consejos sensatos sobre el arte de viajar en general.

Tras visitar Francia, Howell sugiere al presunto viajero que pase a España por Gascuña y Languedoc, zonas que le irán preparando para soportar el calor del clima español. El visitar España después de Francia es particularmente instructivo, dice, por la inmensa y sorprendente diferencia (dada su proximidad geográfica) que existe entre los dos pueblos, una diferencia no sólo en las costumbres, la comida, etc., sino también:

«...in the very faculties of the Soule and operations thereof, and in everything else, Religion and the forme of a Rationall creature only excepted; which made Doctor García⁴ thinke to aske a Midwife once, whither the Frenchman and Spaniard came forth into the world in the same posture from the womb or no». (Sección V, p. 28 y sigs.).

Describe y contrasta Howell en primer lugar el carácter o «alma» de los dos pueblos:

«...the one (*el francés*) is Active and Mercuriall, the other (*el español*) is Speculative and Saturnine: the one Quick and Ayry, the other Slow and Heavy; the one Discursive and Sociable, the other Reserved and Thoughtfull; the one addicts himself for the most part to the study of the Law

(4) Se refiere probablemente al Dr. Pedro García Carrero quien «Alcanzó tal celebridad en el ejercicio de su carrera, que Felipe III le nombró su médico de cámara y siguió siéndolo de Felipe IV... También escribió comedias y poesías» (*Enciclopedia Universal Ilustrada Europea Americana*, Hijos J. Espasa Editores, Barcelona, 1924, vol. 25, p. 778).

and Cannons, the other to Positive and Schoole Divinity; the one is a Prometheus, the other an Epimetheus; the one apprehends and forgets quickly, the other doth both slowly, with a judgement more abstruse and better fixed, *et in fe reconditum*; the one will dispatch the weightiest affaires as he walks along in the streets, or at meales, the other upon the least occasion of businesse will retire solemnly to a room, and if a Fly chance to hum about him, it will discompose his thoughts, and puzzle him: It is a kind of sicknesse for a Frenchman to keep a Secret long, and all the drugs of Egypt cannot get it out of a Spaniard». (Sección V. p. 28 y sigs.).

Aunque, como ha dicho antes Howell, ambos países sí comparten la misma religión, su actitud ante ella es totalmente distinta: el francés examina los dogmas y las creencias de su fé a la luz de su propia razón, sopesando las *pros* y las *contras*, pero «embarrancando a menudo en las arenas movedizas de su propio cerebro», mientras que el español acepta a ciegas las enseñanzas y decisiones de la Iglesia, y prefiere no dedicarse a hacer especulaciones propias sobre estos temas por miedo de caer en el error.

Después de contrastar estas diferencias entre las «operaciones del alma» de ambos países, Howell pasó revista a las que existen entre sus distintos *modi vivendi*, y, en primer lugar, en su manera de vestir: mientras que el francés prefiere el pelo largo, las ropas ligeras y la capa larga, el español se inclina por el pelo corto, la ropa gruesa, y la capa tan corta que:

«...one might give him a Suppository with his Cloake about him, if need were».

Howell añade que el francés siempre se abrocha los botones de arriba a abajo, el español, al contrario, y que, mientras que el francés lleva siempre en el bolsillo un espejito y un peine, el español lleva un trozo de bayeta para limpiarse el polvo de los zapatos; el francés lleva tacones altos, el español, tacones bajos, lo cual no le impide parecer tan alto co-

mo el otro⁵, y si bien el francés almidona sus bigotes, el español tiene un *bigothero* (sic) de piel que se pone por la noche.

En lo que a su dieta se refiere, se perciben las mismas antitesis:

«...the one (*el francés*) drinkes Watered Wine, the other (*el español*) Wine watered; the one begins his repast where the other ends; the one begins with a Sallet and light meat, the other concludeth his repast so; the one begins with his boyled, the other with his roast; the Frenchman will Eate and Talke, and Sing sometimes, and so his Teeth and his Tongue go often together, the Spaniards Teeth only walk, and he fals closely to it with as little noyse and as solemnly as if he were at Masse». (Sección V. p. 28 y sigs.).

En cuanto a su porte y su manera de andar, el francés, dice Howell, anda de prisa, como «si tuviera siempre un sargento en los talones», mientras que el español anda despacio «como si acabase de salir de unas fiebres cuartanas». Los franceses van por la calle en grupos confusos, añade Howell, mientras que los españoles, cuando son más de tres personas, andan de dos en dos «como si fuesen en una procesión». Sus costumbres callejeras son muy distintas, prosigue Howell, pues al francés no le importa ir comiendo por la calle, mientras que el español «moriría de hambre antes de hacerlo». En cuanto a sus encuentros por la calle con miembros del bello sexo:

«...the Frenchman if he spies a Lady of his acquaintance, he will make boldly towards her, salute her with a kisse, and offer to Usher her by the hand or the arm, the Spaniard upon such an encounter, useth to recoyle backward, with his hands hid under his Cloack, and for to touch, or kisse her, he holds it a rudenesse beyond all barbarisme, a kind of sacriledge». (Sección V. p. 28 y sigs.).

En el juego, observa Howell, el francés baraja mejor las

(5) «...yet looks as high as the other»: frase ambigua que podría traducirse también como «y sin embargo tiene la expresión tan altiva como el otro».

cartas, pero el español juega con más habilidad, y en los duelos es más precabido éste, pues:

«...when (the Frenchman) goeth to the Field, he commonly puts off his doublet and opens his breast; the Spaniard clean contrary, besides his shirt, hath his doublet quilted, his coat maile, his cassock, and strives to make himselfe impenetrable». (Sección V. p. 28 y sigs.).

Las mismas diferencias existen en cuanto a su manera de hablar, pues el francés habla mucho y de prisa, confundiendo y comiéndose las sílabas, mientras que el español habla poco, despacio, con una articulación muy clara y con unas pausas tan largas que, antes de que termina su frase, está ya el interlocutor pensando en otra cosa! El francés, dice, suele hablar y pensar a la vez, y a veces habla antes de pensar, mientras que la lengua del español se arrastra a tal distancia del pensamiento que raras veces se encuentran!

En resumen, finaliza Howell, Mercurio ejerce su influencia sobre los franceses, y Saturno sobre los españoles, y existe tal abismo entre los dos:

«...that if one were fetched... from the very Antipodes, he would agree with either better, than they do one with another». (Sección V, p. 28 y sigs.).

La razón de esta discrepancia puede deberse, dice Howell, como opina el Doctor García⁶, a la constitución de los dos climas y también, a la influencia de los astros:

«...which are known to bear sway over all Sublunary bodies, insomuch that the position of the Heavens and Constellations, which hang over Spaine, being of a different vertue and operation to that of France, the temper and humours of the Natives ought to be accordingly disagreeing with the other». (Sección VI, p. 34 y sigs.).

En toda esta descripción de las diferencias entre Francia se percibe, en todo caso, cierto regodeo en el juego literario de las antitesis. De todos modos sí es más fácil que un terce-

(6) V. nota anterior sobre el Dr. Pedro García Carrero.

ro juzgue a ambos países con más imparcialidad de la que ellos pueden juzgarse mutuamente: existe, dice Howell con agudeza, un sentimiento de desprecio y hostilidad mutuo entre los dos pueblos, debido al hecho de que la gente corriente de ambas naciones tiende a juzgar a la otra por sus respectivos emigrantes a ambos lados de los Pirineos: por un lado, la gran cantidad de andrajosos gascones y berneses que son «como quien dice la escoria del país», que hacen todos los trabajos sórdidos y viles para ganar dinero, y de los cuales «España está más llena que Francia», y por otro, una multitud de españoles pobres que van a Francia con la esperanza de ser curados de la escrófula⁷.

En todo caso, comenta Howell, hay razones históricas tanto antiguas como modernas, que justifican la antipatía mutua entre estas dos naciones: y dice haber leído en unos Anales españoles que, cuando Luis XI celebró en la frontera una entrevista con el Rey de Castilla, éste y su séquito aparecieron ricamente ataviados con joyas y cadenas de oro, mientras que Luis se presentó con una medalla de plomo en el sombrero, y sus seguidores *Regis ad Exemplum*, también mal vestidos:

«...which made the Spaniards despise them, and make disdainfull Libels of them, which broake out afterwards into much contempt and disaffection, which came to be aggravated more and more...» (Sección VI, p. 34 y sigs.).

Anécdotas de este tipo aparte, según Howell, la principal razón histórica *moderna* de tal antipatía entre Francia y España no es sino fruto de la rivalidad, de la envidia y el temor que sienten los franceses ante el vasto poderío que han adquirido los españoles en los últimos ciento veinte años, y Howell cita el conocido aforismo: *Oderunt omnes, quem mettunt*.

En las siguientes secciones de esta obra, Howell se ocupa exclusivamente de España (aunque con alguna comparación ilustrativa), y en primer lugar de su geografía. Debido, dice, a la «generosidad de los rayos del sol», España es más árida

(7) En inglés «The King's Evil» (la escrófula) así llamada por existir la creencia de que el rey podría curarla con la imposición de manos. Esta costumbre fue reinstaurada en Inglaterra en 1605 por Jacobo I.

que Francia, por ejemplo, y poco poblada, ya que un tercio del país está compuesto por «montañas y roquedales», y las temperaturas son tan extremadas en algunos lugares que existe más diferencia entre ellas, que entre el invierno y el verano en otros climas.

Sin embargo, Howell insiste, como hace la mayoría de los ingleses conocedores de España en esta época, en que a España sólo le falta el agua: donde la hay, España es extraordinariamente fértil, e inferior a otros países sólo en la cantidad. Según Howell, si los productos españoles igualasen en su abundancia a su calidad, y sobre todo si se produjera más trigo, no habría país que los tuviera mejores⁸. De ahí, dice Howell (quien, como se recordará, era muy aficionado a los proverbios), que los españoles tengan un dicho: «No hay cosa mala en España, sino lo que habla» (sic). Tanto es así, continúa, que por mucho que el francés se jacte de que su país es el más rico de la Tierra en cuanto a dones de la naturaleza:

«...yet the Spaniard drinks better Wine, eates better Fruites, weares finer Cloth, hath a better Sword by his side (goes better shod), and is better mounted than he» (Sección VII, págs. 37 y sigs.).

Como dijimos más arriba, entre 1659 y 1662, Howell publicó cuatro obras en las que demuestra su familiaridad con la «altisonante» lengua española, de manera que no es de extrañar que comente algunas de sus particularidades en las *Instructions...* a este supuesto viajero inglés, quien, dice, es de esperar, que con la ayuda de su tutor, habrá empezado a iniciarse en el aprendizaje del español antes de entrar en la Península; pues, para Howell, el conocimiento de la lengua de

(8) Cf. Lady Anne Fanshawe que es probablemente la única mujer inglesa en esta época que haya escrito sus impresiones de España. En sus *Memoirs* (1676), apunta: «I find it a received opinion that Spain affords not food either good or plentiful: true it is that strangers that neither have skill to choose, nor money to buy, will find themselves at a loss; but there is not in the Christian world better wines than their midland wines are especially, besides sherry and canary. Their water tastes like milk; their corn white to a miracle, and their corn makes the sweetest and best bread in the world; bacon beyond belief good; the Segovia veal much larger and fatter than ours, mutton most excellent; capons much better than ours», etc. *Lady Anne Fanshawe: Memoirs*, The Bodley Head, Londres, 1905, p. 190 y sigs).

un pueblo es esencial para todo el que quiera familiarizarse con él; y el español, dice, como el italiano, es mucho más fácil que el francés (debido al «crabbedness» de éste), y una persona de inteligencia normal puede fácilmente llegar a hablarlo con fluidez en el transcurso de seis meses. La facilidad del español se debe, dice Howell, a su proximidad al Latín a la «abertura» y «plenitud» de su articulación, a su fonetismo («el acuerdo entre la lengua y el texto») y a la ausencia de formas contractas. En cuanto a los «dialectos» de la lengua castellana, que los españoles, dice Howell, recientemente, y entre ellos, suelen llamar la «Lengua Christiana» (sic), el más importante es el portugués que es la lengua más empleada por los judíos de Europa. Las otras diferencias dialectales las califica Howell de «pequeñas» (así tendrían que parecerle si se piensa en la gran diferencia que existe entre el inglés y el galés); según Howell, los valencianos y los catalanes hablan más bien una mezcla de francés e italiano, y en las Alpujarras se habla todavía «Morisco», por ser el último reducto de los moros. Hay también palabras «Moriscas» asimiladas por el castellano y que se distinguen, dice Howell, por su «pronunciación gutural».

Estas referencias a los dialectos españoles llevan a Howell a considerar la cuestión de la lengua más antigua de España, que parece haber sido, dice, el vascuence o «lengua cantábrica», la cual es hablada, según él, en Asturias y en algunos sitios del Pirineo, pero sobre todo en la provincia de Guipúzcoa, la cual, explica, no fue conquistada nunca ni por Romanos, ni por Cartagineses, ni por Godos, ni por Vándalos, ni por Moros, como lo fue el resto de España. Aquí Howell aprovecha la ocasión para describir una curiosa costumbre:

«...therefore whensoever the King of Spaine cometh to any of the territories of Biscaye, he must pull off his shooes upon the frontiers; when he treads the first step, being as it were Virgin Holy Ground». (Sección VIII, págs. 44 y sigs.).

El vascuence fue probablemente la primitiva lengua de España, explica Howell, y los vascos son sin duda lo que queda de sus primeros habitantes. Estas consideraciones sobre el País Vasco despiertan en Howell su orgullo de galés: si se quiere

descubrir cuál es el pueblo o el habla más antiguo de un país, afirma, hay que ir a las montañas y a los sitios más inaccesibles. Así ocurre con los habitantes del País de Gales:

«...with whom... the Biscayner doth much symbolize in many things, as in the position and quality of ground, in his candor and humanity towards Strangers more than any other people of Spaine, (together with) his cryed up Antiquity; for the Spaniards confesse the ancientest race of Gentry to have been preserved there». (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

Es de notar que, más adelante en esta Sección, Howell subraya el parecido y la simpatía que, según él, existe entre los españoles y los irlandeses y los franceses y los polacos! Tampoco falta la anécdota histórica para amenizar esta descripción del abolengo de los vascos:

«...so that a Biscayner is capable to be a Cavalier of any of the three habits without any scrutiny to be made by the Office, whether he be limpio de la sangre de los Moros, that is, cleare of the bloud of the Moores or no, 'tis enough that he be a Montanero, that he be borne amongst the mountaines of Biscaye»... (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

Llevado por su afición a los episodios históricos curiosos, Howell incluye una larga narración acerca del descubrimiento, un siglo antes, por los halconeros del Duque de Alba, de los habitantes de las Batuecas, que hablaban, dice, una lengua afín, hasta cierto punto, al vascuence:

«A while after, the Duke of Alba went himselfe with a Company of Muscateers, and Conquered them, for they had no offensive weapons but slings; they were Pythagoreans, and did eat nothing that had life in it, but excellent fruits, rootes and springs there were amongst them; they worshipped the Sun, and newe Moone, their language was not intelligible by any, yet many of their simple words were pure Bascuence, and their gutturrall pronounciation the very same, and a gutturrall pronounciation is an infallible badge of an ancient language». (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

Amigo de las comparaciones, Howell redondea estas consideraciones lingüísticas, al afirmar que, puesto un inglés a imitar la manera de hablar y de comportarse de algún extranjero, el más indicado es el italiano, de quien puede decirse que es:

«...a medium 'twixt the Gravity of the Spaniard, the Heaviness of the Dutch, and Levity of our next neighbours... (los franceses)». (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

Ya en la Sección anterior, Howell, con espíritu más humorístico, recoge una «fantasía» inventada por un «Doctor español», según la cual:

«...Spanish, Italian and French were spoken in Paradise, that God Almighty commandel in Spanish, the Tempter persuaded in Italian, and Adam begged pardon in French». (Sección VII, p. 37 y sigs.).

El conocimiento de la lengua del país que visita permitirá al viajero familiarizarse también con su historia y su literatura. En el caso de España, Howell recomienda la lectura de «los más auténticos analistas de España», Mariana y Acosta, y para la historia moderna, las obras de Alvares (sic)⁹; como entretenimiento poético, las obras de Lope de Vega, y para «prosa pura», Guevara. Además, dice, el estudioso de la literatura española no se verá mareado por:

«...that confusion of Authors, as in France, and elsewhere, for the Spaniard writes seldom but soundly, and in a quite differing straine from other Nations of Christendome, favouring rather of an African fancy, which argues that the Moore did much mingle with him». (Sección VII, p. 37 y sigs.).

Tras hablar de algunos de los espectáculos dignos de verse en España, tales como el Escorial, la Casa de la Contratación de Sevilla, y sobre todo la llegada de la Flota de la Plata al

(9) Se refiere tal vez al historiador Antonio Alvarez de Alcocer, «a quien se debe una notable *Crónica de España*, en tres tomos, que abraza desde Fernando I el Grande hasta el Emperador Carlos V», conservada en la biblioteca del Conde de Villaumbrosa (*Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Hijos de J. Espasa Editores, Barcelona, 1924, vol. 4, p. 1.042).

mismo puerto, un espectáculo de tal Grandeza (sic), dice, que no lo podría igualar ni la «Monarquía Romana en su máximo apogeo», finaliza Howell sus comentarios sobre España, afirmando con humor que se ha demorado más tiempo en España de lo que pensaba, cosa que suele ocurrirle a uno cuando se entra en tratos con aquel país, y para lo cual uno:

«...must have good store of Phlegme and patience, and both for his stay, and successe of busunesse, may often reckon without his host...» (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

Al final de su pequeño tratado, Howell ruega al presunto viajero que tenga cuidado, cuando vuelva a su país, de no llenar el relato de sus experiencias con exageraciones y generalizaciones, y sobre todo de evitar las «generalizaciones peyorativas», y de no ser de esos que afirman:

«That there are few Dons in Spaine that eat flesh once a week, or that hath not a Mistresse besides his wife... That Seville is like a chessebord table, having as many Moriscos as Spaniards... for the Devill is not so Black as he is painted, no more are these Noble Nations and Townes as they are tainted». (Sección VIII, p. 44 y sigs.).

No cabría en el marco de un trabajo como éste, analizar todo lo que de España y de los españoles comenta Howell en su interesantísima serie de cartas antes mencionada: las *Epistolae Ho-Elianae*¹⁰, varias de las cuales se refieren a episodios y acontecimientos relacionados con el proyecto de matrimonio entre el Príncipe de Gales (futuro Carlos I de Inglaterra) y la Infanta María, hermana de Felipe IV. En una de estas cartas, sin embargo, dirigida al Vizconde de Colchester, y fechada en Madrid, el 1 de febrero de 1623, aparece lo que puede considerarse como una auténtica «semblanza» de España¹¹, tal como la veía Howell en esa época, y en la que insiste en algunos de los temas tratados ya en sus *Instructions...* e in-

(10) La edición por nosotros consultada es: James Howell: *The Familiar Letters, or Epistolae Ho-Elianae*, Introduced by Agnes Replier, 4 vols., Boston y N. York, 1907.

(11) Parte de esta carta ha sido incluida en el *Penguin Book of Seventeenth Century English Prose*, pp. 26-29, 1956.

roduce otros nuevos. Howell, que había insistido en dicha obra en que el viajero aproveche su experiencia para aprender todo lo que puede acerca de los países que visita, se esfuerza para ser objetivo en sus juicios sobre España, y sobre todo, para combatir los lugares comunes tan populares y a menudo infundados que se tienen en Inglaterra acerca de ella. Esta «semblanza» es en gran parte favorable y demuestra la simpatía que sentía Howell por España.

De la economía española, asegura que el país no puede ser tan pobre como cree mucha gente, sobre todo si se piensa en los ingresos de algunos de los nobles (hay quienes pueden gastarse 50.000 libras al año, otros 40.000, otros 30 ó 20.000) y del alto clero (hay arzobispos, dice, que tienen de presupuesto 30.000 libras al año, otros de 10.000, y el de Toledo, 100.000). El rey de España es, desde luego, insiste Howell, un gran rey, por mucho que digan los franceses que su monarquía se parece a una capa de mendigo hecha toda de remiendos. Remiendos serán, exclama Howell ¡pero, qué remiendos!

«The East Indies is a patch embroidered with pearl, rubies and diamonds. Peru is a patch embroidered with massive gold; Mexico with silver; Naples and Milan are patches of cloth of tissue; and if these patches were in one piece. what would become of his cloak embroidered with flower de luces».

Tampoco está el país tan despoblado como dice la gente, prosigue Howell: si bien es verdad que las colonias de ultramar, la expulsión de los moriscos, y las guerras de los Países Bajos han reducido el número de habitantes, no es menos verdad que en el «pueblo de Madrid» («pues el rey de España no tiene una Corte constante en ninguna ciudad»), continúa, se hallan normalmente unas «600.000 almas»¹². Otro dato importante que aduce Howell para explicar la falta de mano de obra es que:

«...there are sixteen universities in Spain, and in one of these there were 15.000 students at one time when I was there, I mean, Salamanca»...

(12) Cifra, desde luego, muy exagerada.

Como en las *Instrucciones...*, Howell insiste en la fertilidad del suelo español, y en la excelencia de sus productos alimenticios y manufacturados.

En cuanto al carácter de los españoles, Howell califica de «exceso de gravedad» lo que otros llaman orgullo y, en todo caso, añade con humor, algo de esta gravedad se ha perdido desde que se ha prohibido el uso de las golillas, por cuyo almidonado «llegaron a pagarse 20 chelines». Fue el propio rey quien dió ejemplo: antes había quien:

«...though perhaps he had never a shirt to his back, yet would he have a toting huge swelling ruff about his neck»¹³.

Howell resalta como «una buena calidad» el respeto que tenía de la autoridad el español del siglo XVII: ante la vara del Alguacil, dice, el «Don más arrogante de España montado a caballo» se rinde, y el español suele obedecer «maravillosamente» al gobierno. Este respeto, sin embargo, no impide que se critique a la autoridad: se oye hablar mal del Rey Felipe, dice, pero ningún español permitirá que un extranjero lo haga! Este respeto ante la autoridad temporal se extiende a la espiritual:

«...so is he very obedient to the Church, and believes all with an implicit faith».

En cuanto a su laboriosidad, hay que admitir, dice Howell, que al español no le preocupa mucho trabajar «en el campo y en la viña» ya que está acostumbrado a tener criados gascones y moriscos, pero sí:

«...he can endure much in the war, yet he loves not to fight in the dark, but in open day, or upon a stage, that all the world might be the witness of his valour, so that you shall seldom hear of Spaniards employed in night service, nor shall one hear of a duel here in an age».

Puesto que el español procede de una raza «goatish», no es de extrañar que sea un amante del bello sexo, pero, dice Howell:

(13) Cf. Las referencias a esta prenda en *The Alchemist* (1610), del conocido dramaturgo y amigo de Howell, Ben Jonson: Acto IV, escena I.

«...yet he never brags of, nor blazes abroad his doings that way, but is exceedingly careful of the repute of any woman (a civility that we want much in England)».

Aunque el español sabe hacer cumplidos, comenta Howell en este contexto, no es tan untuoso en este sentido como el italiano, ni tampoco, los acompaña de juramentos como hacen los franceses, y los ingleses.

Ya en las *Instructions...*, Howell se había referido al reposado andar de los españoles, y en esta carta, añade el dato de que el español raras veces mira al suelo cuando anda, «como si lo despreciara», y narra la siguiente anécdota:

«I was told of a Spaniard who having got a fall by a stumble and broke his nose, rose up, and in a disdainful manner said, «Voto a tal esto es caminar por la tierra» (sic)».

En todo caso, y para contrapesar esta impresión del típico español «altivo», Howell subraya otra cualidad a la que califica de «encomiable»: la de quitarse el sombrero cuando se da una limosna, y la de ponérsela en la mano del mendigo «con mucha humildad». Dicha cualidad parte sin duda de la piedad española que Howell describe en otro párrafo:

«The Spaniard is very devout in his way, for I have seen him kneel in the very dirt when the Ave María Bell rings; and some if they spy two straws or sticks lie crosswise in the street they will take them up and kiss them, and lay them down again».

Esta piedad española se refleja en las circunstancias más variadas: según Howell, los españoles son excesivamente aficionados al juego, y suelen rezar antes de jugar, y, en caso de ganar, se apresuran a dar gracias a Dios. Al hablar Howell de la afición española a las cartas, y en particular al juego llamado «primera» (sic), menciona el hecho de que el rey tiene el monopolio de todas las cartas y de todos los dados que se venden en España, y que como los vende por un precio doce veces superior al de su coste, se cree que gana 30.000 libras anuales gracias a «esta baza».

Howell se muestra muy favorablemente impresionado por la mujer española, que se distingue, dice, mucho más del varón que en otros países, pues:

«...the men, for the most part, are swarthy and rough, but the women are of a far finer mould».

Howell recoge un dicho según el cual la mujer perfecta tendría que ser inglesa hasta el cuello, francesa hasta la cintura, y holandesa de cintura para abajo, dicho que él completaría diciendo que «en manos y pies fuera española». Este dicho le recuerda otro, esta vez español, que dice:

«...a Frenchwoman in a dance, a Dutchwoman in the kitchen, an Italian in a window, an Englishwoman at board, and the Spanish a-bed».

Como a otros comentaristas ingleses de la misma época, a Howell le llama la atención lo mucho que se pintan las españolas, un privilegio, dice, como también el de llevar tacones altos, que adquieren con el matrimonio. Hasta la reina sigue estas costumbres, y, en realidad, añade, existe un parecido externo entre mujeres de distintas clases sociales, debido al hecho de que van todas con la cara tapada y con trajes muy similares, de manera que «apenas se puede distinguir una condesa de la mujer del zapatero». Siendo así, comenta con humor, puede que uno suelte un taco, cuando pasa una dama por la calle, o incluso puede que uno «le pida un favor», pero eso no se lo tomará a mal, sino que le rechazará con alguna respuesta ingeniosa! Termina Howell su descripción de la mujer española, afirmando que tiende a envejecer pronto, en comparación con las inglesas, y que no suele tener hijos después de los treinta años.

Agudo observador y buen lingüista. Howell supo aprovechar sus viajes por Europa para juzgar el carácter de los pueblos por donde pasó, y para examinar el delicado juego político de las grandes potencias del viejo continente: se refiere a la riqueza del Rev de España, a la envidia que esto provoca en Francia, y al hecho de que España, desde que ha puesto el pie en Italia «ha mejorado mucho su saber política» y no hay ninguna otra nación con la que se entiende tan

bien. Tanto es así, dice, que va a terminar esta «semblanza» con un dicho español:

«No hay hombre debaxo d'el sol,
Como el italiano y el Español».

Amigo, como habrá podido observarse, de dar «una de cal y otra de arena», añade que como réplica, un francés ha acuñado este otro pareado:

«Dizes la verdad, y tienes razón,
El uno es puto, el otro ladrón».

En todo caso, Howell también dedica sus conocimientos lingüísticos a fines más serios, como se refleja en una carta, dirigida a Sr. Ed. B., Knight, fechada el 25 de julio, de 1635, en la que asegura a su corresponsal que, gracias a sus viajes, puede rezar a Dios cada día en una lengua distinta y los domingos en siete!:

«I thank God I have this fruit of my foreign travels that I can pray unto Him every day of the week in a several language, and upon Sunday in seven, which in orisons of my own I punctually perform in my private Pomeridian devotions».

PATRICIA SHAW
Universidad de Oviedo